

LA NECROCULTURA

THE NECROCULTURE

Eloísa Deras Dávila

Instituto Mexicano de Psicoanálisis

Resumen

La *necrocultura* es un fenómeno que se ha expandido y exacerbado en las últimas décadas en todo el mundo. Una de sus manifestaciones es la exclusión social que se expresa en todas las formas posibles de fobia: al extranjero, a la mujer, al que tiene un color de piel diferente, a aquel cuyas creencias religiosas no concuerdan con las nuestras, al indígena, a la diversidad sexual, etc. La descripción que hacen algunos autores acerca de cómo afecta este fenómeno a los migrantes nos obliga a reflexionar sobre el mundo enajenado que Erich Fromm enfatizó en toda su obra y sobre el concepto de mundo líquido de Sygmunt Bauman en el que vivimos actualmente.

Abstract

Necroculture is a phenomenon that has increased and spread all over the world in the last decades. Social exclusion expressed as phobias to strangers, women, natives, people with different color of skin or different sexual orientation, or with religious and culutral beliefs that do not agree with ours are just some of the necroculture manifestations. Description that a few authors have made of how this phenomenon affects inmigrants lead us to a reflexion about the alienated world that Erich Fromm has enphatized in his work and about Sygmunt Bauman's concept of liquid world in which we live today.

La toma de conciencia de sí mismo y el proceso de individuación del hombre deberían llevar a las personas a la realización de su ser individual, a la expresión de su potencial tanto intelectual como emocional y espiritual y con ello, alcanzar su verdadera libertad, la interior. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos que han realizado los seres humanos no hemos logrado tal grado de desarrollo. Entre otros factores, por el sentimiento de impotencia, ansiedad, inseguridad y aislamiento que generó el hecho de que el hombre se haya desprendido de sus lazos originarios con la naturaleza y sus semejantes, los cuales nos brindaban seguridad y confianza. Es cierto que ahora podemos hacer muchas cosas (libertad 'de', Fromm) pero raramente nos preguntamos para qué (libertar 'para') (Fromm, 1993).

Erich Fromm sospechaba que el hombre estaba eludiendo la libertad como experiencia humana porque se había convertido en una carga demasiado grande para él y tal parece que tenía razón. Una forma de evadir la libertad es sometiéndonos a las pautas de conducta que la sociedad- para permanecer con vida- espera de nosotros. Hasta ahora, no existe una

sociedad que favorezca el proceso de individuación de sus miembros. Todo lo contrario, con sus imposiciones y exigencias frenan ese proceso, impiden la satisfacción de las necesidades individuales generando con ello más frustración, impotencia, inseguridad y desconfianza (Fromm, 1993).

En las sociedades actuales, en las que predomina el consumismo, este fenómeno puede observarse con mayor claridad. Todo se ha vuelto una mercancía, incluyendo el hombre; lo que importa es vender y consumir, no importa el precio que se pague por ello ni la calidad o duración del 'objeto' que se adquiere, total, todo es desechable, intercambiable. Cada vez estamos más enajenados de nosotros mismos y de los demás. En varias de sus obras Fromm enfatiza el problema de la alienación del hombre, del consumismo que permea toda su actividad, del lugar preponderante que se le ha dado al modo de vida del *tener*, en lugar del modo del *ser*. La sociedad moldea el carácter de los individuos haciéndoles creer que son propias las necesidades que ella genera (Fromm, 1995). Hoy, independientemente de que hablemos de América, Europa o de cualquier otro continente, parece que la mayoría de los países ha sucumbido ante el consumismo.

El fenómeno de la enajenación se cuela en todos los intersticios de la vida actual, es una idea que Sygmunt Bawman, sociólogo polaco, comparte con Fromm cuando nos habla de la fragilidad de los vínculos humanos. En su libro *Amor Líquido*, Bawman menciona la novela de Robert Musil, "El hombre sin atributos", en la que se destaca la pérdida de vínculos fuertes y de relaciones duraderas que en otras épocas establecían los hombres entre sí. Bawman afirma que en la actualidad ninguna clase de conexión tiene garantía de duración" y, por ende, "no puede llenar el vacío dejado por los antiguos vínculos" (Bawman, 2007, pp. 8-9). Cualquier tipo de relación debe ser lo suficientemente laxa para que pueda deshacerse tan pronto como las condiciones cambien y así poder ir en busca de otro vínculo. Esto sucede, una y otra vez, en la *modernidad líquida*, como la denomina Bawman. Hombres y mujeres temen a las relaciones duraderas porque las viven como una carga que no pueden sobrellevar, a pesar de su anhelo de un vínculo profundo y de la seguridad que él confiere. Para Bawman esta es la encarnación misma de la ambivalencia en que vive el hombre moderno. Las "relaciones de bolsillo", las "relaciones diluidas" que, una vez consumidas, pueden desecharse o cambiarse por otras, sustituyen al verdadero compromiso de una relación a largo plazo. Y esto es válido para todo tipo de relación, ya sea entre padres e hijos, entre amantes, entre compañeros de trabajo, entre conciudadanos, entre gobernantes y gobernados (Ibid).

El amor maduro del que hablaba Fromm, aquel que supone el conocimiento, cuidado, respeto, compromiso y crecimiento del otro junto con nosotros mismos, brilla por su ausencia. Su lugar lo ocupa ahora la desconfianza, la inseguridad, la competitividad, etc. favorecidos por factores económicos y políticos que incrementan la desigualdad entre los individuos y los alejan cada vez más de la verdadera libertad y desarrollo individual así como de la experiencia de vida plena (Fromm, 2015). No es raro, entonces, ver reacciones

de violencia por todos lados, llámese defensiva (por frustración o por miedo real o imaginario), vengativa (por desilusión, desengaño, pérdida de la fe: ojo por ojo) o compensadora (sustituta de la actividad creadora, unión a grupos que tienen poder) (Fromm, 1995). Sea cual sea el tipo de violencia que se ejerza, es un reflejo de la *necrocultura*, término acuñado por Charles Thorp, sociólogo norteamericano, en la que estamos inmersos.

La *necrocultura* es un fenómeno que se ha expandido y exacerbado en las últimas décadas en todo el mundo. Una de las manifestaciones es la exclusión social que se expresa en todas las formas posibles de fobia: al extranjero, a la mujer, al que tiene un color de piel diferente, a aquel cuyas creencias no concuerdan con las nuestras, al indígena, a la diversidad sexual o de clase, al migrante, etc. En el nuevo milenio, señala Thorpe, “la violencia del capitalismo neoliberal se muestra, con toda su crudeza, en la forma de exclusión social, de represión y de guerra”. El hombre actual se relaciona con otro individuo –y consigo mismo– de una manera sin vida, a través del dinero y de las comodidades que con él pueden obtenerse. Y esto es así, afirma Thorpe, porque en realidad estamos medio muertos, aunque no seamos conscientes de ello. Toda la frustración del potencial humano ha llevado a los individuos a apasionarse por la muerte y la destrucción, quizás de manera indirecta, apoyando a gobiernos que entran en guerra o que oprimen a otros pueblos imponiendo sanciones inhumanas que los obligan a desplazarse en busca de mejores condiciones de vida. Tal es el caso de los refugiados (Thorpe, 2017).

Muchos de nosotros quizás pensamos que la globalización había derrumbado fronteras no sólo físicas, sino también psicológicas. En sus inicios tal vez fue así, pero tenemos que reconocer que fue algo efímero y que trajo más problemas que soluciones. Cualquiera que sea la razón por la que alguien decida emigrar, actualmente el individuo que se encuentre en esa situación es visto, con frecuencia, como un potencial delincuente o como una amenaza para el resto de la sociedad. Se culpa al refugiado de todo el malestar existente en el país de acogida. El mundo, advierte Bawman, se ha convertido en un vertedero de desechos humanos, de indeseables y, por tanto, hay que mantenerlos a raya, en una ‘zona de nadie’ en la que no existen derechos y menos aún, la esperanza de una vida más digna. Desde la perspectiva de Bawman el mayor éxito de la historia moderna es, precisamente, la producción y eliminación de desechos humanos. Todo aquel que no se ajuste a las demandas de las fuerzas poderosas, implacables y anónimas debe ser desechado o recluido (Bauwman, 2017).

Cada vez que un individuo atraviesa una frontera, entra en un infierno. Primero, tiene que pasar por una “especie de ritual en el que se le despoja de su condición previa”, de su dignidad, de su humanidad,... y “luego tiene que permanecer en cuarentena, en un purgatorio intermedio en ‘ninguna parte’ que separa a los recién llegados de su nuevo espacio de ‘pertenencia’”, sin mencionar la larga espera a la que es sometido para que con un poco de suerte sea aceptado en el nuevo país, bajo condiciones precarias. Quien cuente

con documentos oficiales puede tener alguna ventaja, pero lo cierto es que el migrante o el refugiado no sólo pierde su identidad y sus raíces sino que también pierde la esperanza de ser incluido realmente en la nueva sociedad (Op. Cit). Es como el personaje de aquella canción de los Beatles: *Nowhere Man*, sentado en su *nowhere land*, haciendo planes para nadie, esperando que alguien le tienda una mano; ¿acaso él no se parece un poco a ti y a mí?

Esto lo comprobamos una y otra vez, no sólo en Europa, sino en todos los continentes. Hemos visto cómo los refugiados quedan atrapados entre dos ‘fronteras’, con alambres de púas o muros de otra naturaleza, abandonados a las inclemencias del clima, expuestos a las reacciones violentas tanto de las ‘fuerzas del orden’ como de los ciudadanos que repudian a los extranjeros y los sienten como una amenaza para su bienestar. También hemos sido testigos de cómo se les humilla acusándolos de no ser más que delincuentes. Seguramente existe uno que otro pero la gran mayoría de los que se desplazan es gente que sólo busca una mejor vida, vivir con dignidad.

Por desgracia, este fenómeno también se vive en las grandes ciudades del mundo. Sólo por mencionar un ejemplo: la ciudad de Sao Paulo, Brasil, se ha convertido en una zona vallada, nos dice Teresa Caldeira, porque sus residentes temen a todas esas personas que se han visto obligadas a dejar sus pueblos o ciudades natales. “Es un hervidero que se expande con rapidez”. Las casas, las escuelas, las oficinas, los edificios están rodeados por barreras físicas y psicológicas. Lo que importa es la seguridad; entonces se vigila, se mantiene a distancia a los que son considerados inferiores o diferentes (Op. Cit.). Se forman dos guetos, por decirlo así, el de los poderosos o ricos y el de los marginados. Por desgracia, esta tendencia exclusionista y segregacionista puede verse, en distintos grados, en casi todas las ciudades del planeta. Según Bawman, la incertidumbre ante el futuro, la fragilidad de la posición social y la inseguridad existencial en el *mundo líquido* actual, son los responsables de que toda nuestra atención se enfoque en torno a la seguridad personal. Más allá de protegernos de la inseguridad, parece que estamos evadiendo nuestra incapacidad para vivir en un mundo multicultural, con distintos estilos de vida; evitamos el esfuerzo de entender, de llegar a acuerdos, de respetar, de convivir con la diferencia. El temor a mezclarse con personas diferentes a nosotros, es decir, la *mixofobia*, no es otra cosa que una solución o, más bien, “una huida temporal – como afirma Richard Sennet- para no tener que observarnos más profundamente a nosotros mismos” (op. Cit). Nos olvidamos de que, en cualquier momento, podemos formar parte de uno o varios grupos de excluidos, si es que no lo somos ya.

Como dijera Erich Fromm, cada individuo lleva dentro de sí a la humanidad entera, de manera que despojar a un hombre, a un niño, a una mujer de su dignidad equivale a privar a la humanidad entera de estos atributos. No es cuestión de cantidad, sino de un principio ético, moral (Fromm, 1983).

Todo individuo lleva dentro de sí a la humanidad entera, esto incluye tanto lo más bello como lo más atroz. Creo que si en algo nos hemos unificado o globalizado, en diferentes niveles de intensidad, es precisamente en torno a la *necrocultura*, llámese consumismo, agresión, indiferencia, exclusión, etc. La existencia de pequeños grupos que luchan realmente por la vida, en todas sus manifestaciones, no son suficientes para aliviar el sufrimiento humano, para revertir las consecuencias de la insensatez y de la irracionalidad del hombre.

Aún no hemos desarrollado la capacidad de amarnos a nosotros mismos ni a nuestros semejantes. A través de los años hemos caído en la enajenación debido, en gran parte, a que la cultura ejerce gran influencia sobre nuestro carácter y porque hemos dejado de lado el pensamiento crítico. Hemos permitido que el aspecto negativo del hombre gane terreno cada vez más.

Sygmunt Bawman afirma que el ‘mandato de amar a tu prójimo es, probablemente, el que menos se obedece’ porque, en el fondo, para sentir amor por uno mismo y por los demás, necesitamos ser amados. “El amor a uno mismo está edificado sobre el amor que nos ofrecen los demás”, ello implica el reconocimiento y confirmación mutua de la dignidad, irremplazable” (Bawman, 2017, pp. 106). Implica también el respeto “al carácter único de cada uno, el valor de nuestras diferencias que enriquecen el mundo que habitamos...” Amar al prójimo representa el nacimiento de la humanidad, el paso del instinto de supervivencia hacia la moralidad, una condición *sine qua non* para la supervivencia no sólo de un ser humano, “sino de la supervivencia de la humanidad en el ser humano” (op. Cit).

Por desgracia, parece que la humanidad en el hombre de la que hablan tanto Fromm como Bawman se ha ido perdiendo en este mundo enajenado, líquido en el que vivimos actualmente, rodeados de múltiples manifestaciones de la *necrocultura*. El mundo que realmente existe, afirma Bawman, ha sido construido cada día por gente ya despojada de su dignidad y, por tanto, no respeta la dignidad humana de los otros. Es prácticamente imposible crear un mundo a la medida de nuestros deseos, en el que se respete la dignidad que tanto deseamos, pero sí podemos intentar que la balanza se incline a favor de la vida.

Podemos recuperar el pensamiento crítico, dejar de actuar como autómatas reconocer la humanidad que hay en el otro y en nosotros mismos, tanto en sus aspectos positivos como en los negativos. Podemos impulsar a las nuevas generaciones para que elaboren sus propias herramientas y superen, en la medida de lo posible, el sinsentido y puedan vivir en un mundo más digno. No hay que darse por vencidos ni pensar que el tiempo se nos ha acabado. Hay que seguir en la lucha y protegernos contra la deshumanización.

Janusz Korczak (personaje de un filme de Andrzej Wajda) afirma que: “sólo en los niños se puede encontrar humanidad y preservarla, por un tiempo, en estado prístino y completo”.

Tal vez su percepción nos parezca un poco exagerada pero creo que podemos estar de acuerdo con él con respecto a que ya no se trata exclusivamente de salvar al mayor número de personas sino de “la supervivencia de la humanidad en el ser humano” op. Cit).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bawman, S. (2007). *Amor Líquido*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.

Fromm, E. (2015). *El arte de amar*. México: Editorial Paidós.

----- (1995). *El corazón del hombre*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.

----- (1993). *El miedo a la libertad*. México: Editorial Paidós.

----- (1983) *El amor a la vida*. México: Editorial Paidós.

Thorpe, Ch. “Necroculture: Fromm’s Theory of Necrofilia and Contemporary Cultural Nightmares”. *Fromm Forum. International Fromm Society. Tuebingen, 21/ 2017*, pp. 37-47.

-